

calle del Realejo abajo y a los acordes de una de esas marchas procesionales caminaba un paso sin toldilla de terciopelo, sin varales de plata, sin cirio, ni Dolorosa, ni Cristo. Tan sólo una gran parihuela, no de caoba o nogal con cartelas con los escudos de las cofradías y escenas de la pasión, sino una parihuela de humilde madera sobre la que pude ver pesados sacos de arena. Bajo este peso, 32 pares de humildes pantalones vaqueros, 32 pares de humildes zapatillas, 32 costaleros, mecían como se mece en el mar la majestad de una nave, una imaginaria Virgen, un imaginario Cristo, al son de la marcha procesional y la voz del capataz. Y recordé los versos de Gómez Sánchez Reina en su pregón de 1953: "costalero de la Virgen, mécela como tú sabes y éntrala en Santo Domingo, cantándole un Dios te Salve". Y aquella surrealista aparición de madrugada, de la madrugada de ayer mismo, ya les he dicho que el pregón lo he escrito esta madrugada, se alejó por las misteriosas calles.

De golpe y porrazo, la Semana Santa de mi infancia acababa de resucitar en mi corazón. Ya podía empezar a escribir este pregón. Pero aún me quedaba otra experiencia más enriquecedora. Desde el balcón de mi habitación del hotel Alhambra Palace me encontré de repente con otro de los escenarios de mi muy particular y entrañable Semana de Pasión: el Campo del Príncipe. Y de repente me vi de las manos de mis padres entrando en la atiborrada plaza que aquel día era toda ella templo, poco antes de las tres de la tarde de todo un Viernes Santo. Y lo hacíamos, como lo hacen miles de granadinos, para vivir una de las experiencias más sobrecogedoras que podía vivir un niño en aquella época, no precisamente gloriosa: el Sermón de las Siete Palabras. Este pregón, yo podría denominarle "el pregón de mis siete palabras". No hay seguramente en la historia universal dos pasajes más hermosos, más impresionantes que el sermón de la montaña y las siete palabras.

Ustedes recordarán, y ha cambiado mucho el tiempo, que para esta ocasión en aquella época, y los que tengan mi edad puede que me den la razón; para este sermón, concretamente, de las siete palabras se elegían predicadores exaltados, eso al menos a mí me parecía, predicadores histriónicos con un sentido teatral para la puesta en escena de aquellas dramáticas palabras, las últimas que pronunció Cristo en la cruz. Eran predicadores amenazadores, flamígeros que te ponían el corazón en un puño y el pánico en el alma. Mi imaginación de niño, medio asustado, medio subyugado por aquellas terribles palabras, no sólo oía lo que el predicador, por lo general jesuita, decía, sino que durante años no dejaba de mirar a ese Cristo crucificado que preside la plaza conocida por todos los granadinos como el Campo del Príncipe.

Y ¿qué esperaba aquel niño asido a la falda o a la mano de su madre? Pues esperaba que se produjese el milagro del literario Cristo de la Vega, ése que de repente desclava el brazo clavado en la cruz. Cuando el predicador gritaba: "mujer he ahí a tu hijo", a mí me dolía porque mi madre no me miraba. Como yo la miraba a ella cuando oía la segunda palabra: "he ahí tu madre". Hoy, estas palabras, estas siete palabras que pro-



nunció Cristo en la cruz tienen para mí otro sentido. El del drama que miles y miles de familias padecen en nuestro país por culpa de la droga. Esa droga que a tantas madres hace llorar lágrimas de sangre cuando alguien le dice: "madre, he ahí a tu hijo". Yo, como aquellos predicadores de mi infancia, les digo desde aquí a todos esos jóvenes enganchados en la droga "hijo he ahí tu madre". Nunca nadie dijo a mi hija: "he ahí tu padre". Hoy más que nunca, aquellas palabras de Cristo "hijas de Jerusalén no me lloréis, no me lloréis a mí, lloraros a vosotras, a vosotras mismas y a vuestros hijos". Estas palabras hoy más que nunca tienen un sentido dramático y real. Posiblemente porque he sufrido como muchos padres, en mi propia vida, el drama de la droga, me gustaría tener la generosidad de Cristo en la Cruz cuando pronunció aquellas otras siete palabras: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen". Me gustaría, pero no puedo, tal es mi dolor. Sólo me resta recordar, y recuerdo todos los días, aquellas otras palabras de Cristo: "Padre aparta de mí este cáliz". ¿Creen ustedes, queridos amigos, que aquella otra palabra que yo oía en la tarde del Viernes Santo en el Campo del Príncipe: "Dios mío, Dios mío, porqué me has abandonado" podemos aplicárnoslo todos nosotros hoy día?

Durante aquel sermón del Viernes Santo, yo esperaba siempre con nerviosa ansiedad el momento inolvidable en el que el predicador agotado ya y rota la garganta, decía: "Y era como la hora sexta y fueron hechas tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora nona, y el sol se oscureció y el velo del templo se rompió, entonces Jesús clamando a gran voz dijo: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró". En aquel dramático momento, el más intensamente dramático de aquella tarde, la hora nona, eran las tres de la tarde y mi madre, de cuya mano aterrado me hallaba cogido, me obligaba a arrodillarme sobre la tierra para pedir tres gracias, tres favores a ese Cristo de los favores de los cuales y según la tradición sólo uno de esos favores me sería concedido. La picardía de un niño como yo, que ante el temor de no acertar, las tres peticiones eran iguales. Hoy, como entonces, yo le pido a ese Cristo de los Favores tres veces tres, para todos vosotros queridos paisanos, la mayor de la felicidad. Muchas gracias.

